

*A Mónica J.C.*



Jules Hurtado jugueteaba con la correa del reloj, manteniendo la mirada perdida, ausente. Imaginaba, a través de la ventana, cómo sería morir en un accidente aéreo, cayendo en picado desde muy arriba. El motor en llamas del avión y una línea negra cruzando el cielo blanco de París con un trazo perfecto, silenciosa como una película sin volumen. Un arañazo en aquel sábado en el que recurrió a la plácida y socorrida compañía del borgoña para hacerlo soportable.

Miró de reojo al ordenador sobre la mesa, siempre encendido, siempre dispuesto, con un cuadro de Mondrian como salvapantallas, esperando a que Jules retomara el trabajo, anclado en la página siete de una novela que no lograba sacar adelante. Había dejado escrito: *La visionaria expectativa de un futuro alejado de todo aquello le condujo a la azotea del hotel Bürgenstock*. Hasta ahí. Llevaba semanas sin teclear una sola palabra o, por lo menos, mantenerla en la memoria del ordenador sin borrarla antes. Jamás le había pasado algo así, al menos durante tanto tiempo. Le invadía una sensación de desasosiego impropia en él; siempre tan productivo y prolífico. Los últimos meses no conseguía

evadirse al mundo de la ficción como hacía antes, con facilidad. El distanciamiento de Claudie, más pendiente del trabajo que de mantener viva la relación, le estaba empezando a pasar factura. Él, que siempre había disfrutado de una autoestima bastante saneada, ahora tenía dudas. Varias semanas en blanco que culminaron con la muerte de Susan y Didier.

Copa de vino en la mano, como quien habla con un amigo en un bar, y una *playlist* de música sin estridencias sonando de fondo. Un parpadeo rápido como el aleteo de un colibrí y el cielo volvió a estar limpio, sin nada que no fuera una compacta capa de nubes blancas, sin pronóstico de lluvia, pero tan amenazante y opresiva como cada invierno en París. Algunas mansardas comenzaron a iluminarse en las azoteas. Todo parecía normal ahí fuera, pero para él nada lo era. Dos días atrás, sus queridos amigos Susan y Didier perdían la vida cuando la avioneta en la que volaban se estrelló en un bosque de Normandía mientras sobrevolaban los acantilados cercanos a su nueva casa de campo. A Jules le pareció un regalo original para celebrar sus diez primeros años de matrimonio. Les quiso sorprender en su aniversario para que pudieran contemplar la vista aérea del lugar donde habían decidido construir su sueño.

Otro parpadeo nervioso y, tras la ventana, volvió a aparecer aquel aparato dejando una sucia y funesta estela negra. Jules cerró los ojos, dio un sorbo largo de vino y vio a Susan y Didier proyectados en sus párpados, abrazándose aterrorizados, con los rostros desencajados por el pánico, jurándose amor eterno en aquellos segundos en los que solo tuvieron tiempo para hacerse una pregunta: «¿Qué será de los niños?».

Nadie culpó a Jules de aquel regalo. Nadie salvo él.

Un niño de nueve años y una niña de siete en primera fila de la iglesia de Saint Germain des Prés, ambos con chaqueta azul marino. Era el primer funeral al que asistían en su vida. El de sus padres. Quietos, formales, un tanto ajenos a la realidad, sin haber tenido tiempo de asimilar cómo puede ser el futuro sin ellos. Jules en la segunda fila, a su espalda, mirando sus nuca, sus cabecitas, sus pequeños cuerpos en pleno desarrollo. Oliendo el suave olor cítrico de la colonia que les había puesto su tía. Roto por dentro, les pedía perdón mientras la voz del sacerdote reverberaba por el techo abovedado. El sentimiento de culpa ya no le abandonaría.

Jules llegó abatido a su casa en el centro de París. El entierro de sus amigos había sido muy angustioso para él. No hay palabras de aliento ni corona de flores en el mundo que puedan aplacar tanta desolación. La muerte es una despedida sin respuesta. El peso de la culpa le había conducido a la vinoteca de su calle para comprar un par de botellas. La imagen de aquellos niños en la iglesia martilleaba en su cabeza, ambos mirándole con expresión lánguida, en lacerante silencio. El tono melifluo que todos los asistentes utilizaban para dirigirse a ellos le resultaba tierno y doloroso a la vez, con tintes de falso melodrama. Jules intentaba soportar la carga de dolor con el retrogusto de los taninos desbordándose por la comisura de los labios. La camisa blanca con lamparones de vino, saliva y lágrimas, mientras París se emborronaba detrás de la ventana.

Se castigaba, una y otra vez, flagelándose con la misma pregunta: «¿Por qué tuviste que regalarles aquel vuelo?». Trago a trago, la diligencia de las respuestas se perdía en una confusa nebulosa que le acercó al sueño, cercano al síncope, y que se apoderó de él a media tarde, antes de que la noche cubriera la ciudad. Quedó desmadejado sobre el sillón de cuero, con la cabeza ladeada en el respaldo y los pies descalzos sobre la mesa. Las manos en el pecho, subiendo y bajando al ritmo de una respiración profunda y larga, pesada y por momentos arrítmica. A veces gemía como un gato enfermo. Ni siquiera oyó las insistentes llamadas a su móvil que inútilmente iluminaba el bolsillo interior de su chaqueta, abandonada en el respaldo de una silla de la cocina. Tres llamadas de Claudie desde Nueva York y dos desde España. Un número que su agenda de contactos no reconoció.

Fue un sueño profundo, pero breve, como por sedación. Apenas una hora. Se despertó con el cuello dolorido. Lo masajeó mientras miraba de reojo hacia la ventana. Noche cerrada sobre París. Ni rastro de aviones. Reinaba el silencio absoluto gracias al triple cristal que impedía que el tráfico se colara en el salón. De la pareja, Claudie era la más inquieta y ruidosa. Sin ella, la casa parecía el decorado de una película. Sin actores, sin técnicos, con los focos apagándose por fases. Puro atrezo.

El ordenador, en un hiriente reposo, seguía esperando.

El cuero del sofá crujió cuando se levantó para des-perezarse y la sed le llevó hasta la cocina. Iba descalzo. El suelo de gres porcelánico estaba frío. Mientras se servía un vaso de agua, el timbre de su teléfono sonó

en alguna parte. Escuchó con atención para ubicar la procedencia. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y miró la pantalla iluminada del móvil. España. El sonido insistente le resultó molesto. A punto estuvo de ignorar la llamada. No tenía ganas de hablar con nadie, pero descolgó mientras bebía agua a grandes tragos.

—Buenas noches. ¿Julio Hurtado? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Jules, Jules Hurtado —corrigió él con su español con acento francés.

—Disculpe, pregunto por Julio, ¿es usted pariente?

—Jules y Julio son el mismo nombre en distintos idiomas, así que supongo que con quien quiere hablar es conmigo.

—Verá, tengo que confirmarlo. ¿Qué nombre aparece en su pasaporte?

—Julio Hurtado Lemaire —contestó resignado.

—Entonces vamos bien. ¿Es usted hijo de Pascual Hurtado y Jaqueline Lemaire —preguntó la mujer con un tono no muy cortés.

—*Oui*.

—Entiendo que eso es un sí.

—Sí, disculpe.

—En ese caso, señor Hurtado, me temo que no tengo buenas noticias para usted.

Avión hasta Madrid y después un AVE hasta Huesca; ese fue su itinerario. Salió de París a primera hora de la mañana y llegó por la noche, cuando ya en Huesca dan por perdido el día. La señora que viajó a su lado en el tren se santiguó cuando salían de la estación de Madrid. Jules no cree en nada y se preguntó si Dios tendría tiempo para él; nadie rezó cuando despegó la avioneta de Susan y Didier. Si tuviera que rezar, no sabría.

Martes de invierno, un martes insulso, destemplado y ventoso, de trámite. El camión de la basura alteraba la tranquilidad y el silencio de las calles, dejando sus huellas sobre el asfalto mojado y un olor ácido en el ambiente. Parado en la acera, Jules miraba el mapa del móvil intentando orientarse. El cuello del abrigo subido. Las orejas rojas. Se había quitado el guante y lo sujetaba colgando entre los dientes. A su lado, una pequeña maleta roja, fiel como una mascota bien amaestrada. Según Google, la oficina de alquiler de coches quedaba a tres minutos de la estación. Tardó en orientarse, pero lo hizo. Como en líneas generales le pasaba en su vida.

La oficina estaba cerrada, pero habían dejado una nota pegada con celo en la puerta de cristal. Cosas de es-

pañoles. *Llave señor Hurtado: preguntar en el bar Nevero.* Y, debajo, una flecha que apuntaba hacia el lado derecho de la calle. El traqueteo de las ruedas de la maleta sobre el enlosado de la acera rompía el silencio de la ciudad. Comparado con París, Huesca le parecía un pueblo; incluso olía a humo de chimenea y a guiso casero. En el bar había tres personas: un camarero limpiando el grifo de la cerveza, un taxista sentado a la barra removiendo muy despacio el azúcar de una taza de café y el presentador del tiempo, en la televisión, avisando de la llegada de un frente frío al que llamó Benjamín.

Jules entró. El camarero, un veterano con cara de trabajador autónomo que paga la cuota mínima, le saludó con cortesía, esperanzado en que aquel individuo que entraba a horas destempladas pidiera al menos algo que superara los diez euros.

Para Jules, lo prioritario era solucionar el tema del coche.

—Disculpe, creo que la oficina de alquiler de coches le ha dejado una llave para mí. Soy Jules Hurtado.

Decepcionado, el camarero le dejó sobre la barra tres documentos para firmar tras comprobar la acreditación del recién llegado.

—¿Desea tomar algo?

Un descafeinado bien caliente, escuchando la televisión en un bar a punto de cerrar en una fría noche invernal, en una ciudad española de provincias en la que parecía que el tiempo se hubiera detenido. Bien podría tratarse del inicio de una película del neorrealismo italiano. Faltaba Nino Rota de fondo. Aprovechando que a su lado había un cliente, le preguntó con su marcado acento francés:

—¿Es usted de aquí? ¿Conoce la ciudad?

—Más me vale. Soy taxista.

—Fantástico entonces. Verá, ¿queda muy lejos el tanatorio?

Siempre tuvo reparos a hablar de la muerte. Ni siquiera le gustaba pensar en ella. Las ausencias indefinidas le provocaban un vacío doloroso que difícilmente podía rellenar. Asumía con resignación el paso del tiempo, pero sobrevivir a sus seres queridos le entristecía, sobre todo si la muerte había sobrevenido antes de tiempo, como a Susan y Didier. Se acordó de ellos cuando entró en el tanatorio de Huesca. Hacía setenta y dos horas que había estado en el de París, despidiéndose de sus amigos. Ahora le tocaba hacerlo de la persona que, según el registro civil, era su padre.

Un conserje muy joven, que dadas las horas ya se había aflojado la corbata, miraba la pantalla de un ordenador detrás de un mostrador alto de madera noble, del mismo acabado que los ataúdes que aparecían en su catálogo. Para atender a Jules se puso en pie y dejó en pausa un capítulo de *Westworld*. A juzgar por el silencio, era lógico suponer que en aquel momento no hubiera nadie en el tanatorio y el trabajo escaseaba. Solo hizo falta decir un nombre.

—Pascual Hurtado, por favor.

—Sala 3 —le indicó el conserje—, por ese pasillo. ¿Es usted familiar?

Tenía que decir que sí, que era su hijo, que ese hombre había tenido relación con su madre un tiempo, que lo conoció de pequeño, que sí, que era su padre,

aunque apenas había tenido trato con él, que casi ni se acuerda. Pero no tenía ganas de hablar, de dar explicaciones, de justificarse. Estaba cansado del viaje y la expectativa de una conversación en torno a su vida era lo último que le apetecía. Todo quedó reducido a un desgastado e indiferente asentimiento con la cabeza.

En realidad, no estaba allí para ver a su padre, ni siquiera para llorar por él. La doctora con la que habló por teléfono le hizo referencia a la necesidad de solventar los «trámites legales». La escasa relación que mantenía con su padre se reducía a unos fríos y deshumanizados «trámites legales». Cifras, sumas, balances, pagos, posibles deudas, compensaciones y totales para pasar página y cerrar un capítulo.

Entró en la sala 3 con prevención. La puerta estaba abierta. Era evidente que no había nadie. Solo su padre. Un cuerpo, un muerto. Era un lugar funcional, sin alardes decorativos, un espacio triste ideado para despedidas. La impersonal y hortera antesala al más allá. Cuántas lágrimas habrán presenciado esas paredes, cuántos abrazos, cuántos adioses a través de la cristalera, cuántos besos al aire, cuántas confesiones secretas con los difuntos, breves inquilinos antes de desaparecer. Hacía demasiado calor, el aire estaba tan cargado que Jules entró con intención solo de hacer acto de presencia, tener una referencia visual del ataúd y largarse a firmar lo que tuviera que firmar. Lo que fuera. Avanzó por la sala y se asomó con desgana, estirando el cuello cuando llegó al final. Detrás de un fino tabique de pladur había un cristal grande y redondo con un marco de madera. Al otro lado, el ataúd expuesto como el pescado en la lonja. Desta-

pado. Jules nunca había visto un muerto. Su espalda se tensó con un respingo y reculó despacio, apoyando los pies en las mismas losetas que había pisado al entrar, como queriendo borrar las huellas. El único recuerdo que siempre tuvo de su padre fue el de una fotografía en la que posaba junto a él en el caballo de un tiovivo. Al ver su cadáver, todo quedó borrado de su imaginario. Ahora, su padre era un despojo en un ataúd de gama media, sin crucifijo ni flores. Una película sin presupuesto.

Salió aturdido, revuelto, un poco asqueado. Se sentó en un banco del pasillo, al lado de un ficus de plástico, para recobrar el ritmo de la respiración, alterado como el desbocado latido que bombeaba sangre a borbotones en su pecho. Comenzó a llorar con lágrimas pesadas y densas, de esas que llevan mucho tiempo queriendo salir y no consiguen encontrar el motivo que justifique su aparición. No supo si lo hacía por su padre o por el hombre que yacía muerto ahí dentro. ¿Acaso no son el mismo? —se decía—. Para él, su padre murió hace muchos años, al poco de aquella fotografía del tiovivo. El del ataúd era, como dijo la doctora, un «trámite legal» que no merecía su desconsuelo. Lloraba por el padre que nunca tuvo.

El joven conserje, haciendo un descanso entre episodios de la serie, se acercó a él, interesado por su estado. Estaba acostumbrado a ver llorar a la gente. Parte de su sueldo se lo ganaba por soportar la carga del dolor ajeno. Le ofreció en silencio un vaso de papel con agua fresca y Jules se lo agradeció con el gesto ensombrecido. Estaba cansado y apenas tenía fuerzas para levantarse. Conducir hasta el pueblo a esas horas y en ese estado le parecía una temeridad.

—¿Cuál es el hotel más cercano? —preguntó abatido.

El joven, sin decir nada, sacó el móvil del bolsillo, se le iluminaron las pupilas al encenderse la pantalla y, a los cinco segundos, le indicó el camino con cuatro gestos serpenteando con la mano en el aire.

A Jules le gustaba la vida de hotel y no le importaba viajar solo. Era muy rápido y habilidoso haciendo y deshaciendo maletas. Los viajes por la promoción de sus libros no eran una carga. Disfrutaba con esa sensación de no pertenecer a un lugar concreto, de la transitoriedad, de la certeza de que, pasados unos días, olvidaría ese lugar. Procuraba no mantener recuerdos de los hoteles, confundirlos en su cabeza, ser incapaz de asociarlos a una ciudad. Despertarse por la mañana y no reconocer el olor de las sábanas, el tacto de las toallas ni la calidad del café. Para Jules, estar fuera de casa era liberador. Claudie era muy buena acordándose del nombre de los hoteles. Él no. Nunca tuvo la determinación de memorizar lo superfluo.

El de Huesca era tan corriente como cualquier otro, con una decoración estandarizada. El *check-in* fue rápido: escaneo de su DNI francés, tarjeta de crédito en garantía de pago y una indicación del recepcionista hacia el ascensor. Cuarta planta y una sonrisa forzada. Suficiente a esas horas.

La moqueta amortiguaba el sonido de las ruedas de la maleta. Silencio. Le encantaba el silencio de los hoteles, todo tan calmado, tan secreto lo que ocurría tras aquellas puertas.

Entró. Subió la calefacción un par de grados, esperó que la habitación se templara a su gusto. Se desnudó. Suspiró aliviado al quitarse los calcetines de compre-

sión. Observó su mirada cansada en el espejo mientras se cepillaba los dientes. Crema antiedad en el contorno de ojos. Siempre le pareció estúpido el eslogan antiedad. Bebió un vaso de agua. Estaba helada. Escupió la mitad en el lavabo, salpicándole la ingle. Se secó con la toalla de mano, aprovechando para frotarse su pene en horas bajas. Le gustó hacerlo. Insistió un poco por los genitales. Sacó el cargador de la maleta y conectó el teléfono a la red. Seleccionó el despertador para programarlo a las nueve. El conserje del tanatorio le había dicho que la comitiva fúnebre saldría a las diez. Miró la hora. Calculó cuánto podría dormir. Se cubrió con el edredón y apagó la luz sin mirar la bandeja de entrada de sus mensajes. Para dormir bien, Jules necesitaba estar fuera de casa y no saber nada del mundo hasta el día siguiente. El ordenador con las siete páginas de la novela quedó en la maleta. Todo podía esperar. Incluido el entierro de su padre.